

La biopolítica bajo el prisma del “dispositivo filosófico”

Por Pablo Esteban Rodríguez¹

Sobre *Bios. Biopolítica y filosofía*, de Roberto Esposito, Buenos Aires, Amorrortu, 2006 (publicado originalmente en Italia en 2004).

Bios. Biopolítica y filosofía es el episodio final de la trilogía que el filósofo italiano Roberto Esposito inició con *Communitas. Origen y destino de la comunidad* (2003, publicado en Italia en 1998) y continuó con *Immunitas. Protección y negación de la vida* (2005, publicado en Italia en 2002). Intenta ser también uno de los capítulos concluyentes acerca de la reflexión sobre la biopolítica, uno de los principales ejes de la filosofía política contemporánea. La biopolítica, término propio del siglo XX impulsado por Michel Foucault en los años setenta, genera en la Argentina ediciones de libros y compilaciones, conferencias magistrales, congresos dedicados exclusivamente a ella, reinterpretaciones de temas clásicos y conexiones conceptuales variadas. Con *Bios*, publicado originariamente hace tres años, Esposito procura organizar un sistema gravitatorio para esta galaxia en expansión y, al mismo tiempo, arribar a un final feliz en la deriva hermenéutica que había comenzado con la noción de comunidad. Más allá de que logre lo que se propone o no, la pregunta que podría hacerse es si su obra sirve para darle brillo al problema, para justificar su inflación o para interrogar y sopesar críticamente los procesos contemporáneos en los que se juega alguna definición de vida y de política, las dos cuestiones aludidas en la palabra “biopolítica”. La respuesta implica una reseña del propósito general de estas tres obras y del lugar de *Bios* dentro de ellas.

En *Communitas*, el autor había comenzado por desgranar el significado del término “comunidad” a partir de la raíz latina *munus*, “obligación”, “deuda”, “don”. La caída del comunismo, por un lado, y el florecimiento de las teorías neocomunitaristas, sobre todo en los Estados Unidos, por el otro, parecían justificar un recorrido por autores clásicos para

¹ Licenciado en Ciencias de la Comunicación (UBA) y master en ciencias políticas de la Université de Paris I (Panthéon-Sorbonne). Becario doctoral de CONICET, docente de FLACSO y de los seminarios Informática y Sociedad y Comunidad, biopolítica, cuerpo en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

este tema –Thomas Hobbes, Immanuel Kant y Jean-Jacques Rousseau–, y otros que no lo son tanto, como Martin Heidegger y Georges Bataille, al amparo de la tonalidad general que Jean-Luc Nancy había instalado con *La comunidad desobrada*. En el centro de la comunidad yace el riesgo absoluto, el riesgo de perderlo todo, y más que nada la vida, la vida del cuerpo, del individuo, de la sociedad. El contrato social de Hobbes constituyó una decisiva defensa del hombre frente a ese riesgo, mientras que en el otro extremo, el de Bataille, se invierte la perspectiva, hasta el punto de afirmar que el contrato puede hacerse añicos porque no hay nada en el hombre de lo cual resguardarse.

Immunitas retrata la historia de esta doble necesidad de protección y destrucción de lo humano para formar una sociedad. Antes del contrato social del siglo XVIII y después de las rupturas filosóficas del XX, entre una gran cantidad de fenómenos contemporáneos se destaca para Esposito el problema de la inmunidad, de la exención de aquella obligación del *munus*, que constituye un enigma. El factor común de estos fenómenos es la distinción entre un interior a conservar y un exterior a combatir: en el cuerpo social, en el cuerpo biológico, en el cuerpo político. Esta distinción, y las diferentes respuestas históricas y conceptuales que se dieron a su gestión (si el interior debe conservarse o modificarse, si el exterior debe ser combatido o asimilado), está en la base de procesos que son hoy designados como modernización, secularización o legitimación; por lo tanto, para Esposito la inmunización debe ser puesta a la altura de ellos. Aquí el autor no hace un recorrido hermenéutico por grandes nombres, sino que despliega temas, épocas y teorías vinculadas a ciertas tensiones: lo exterior frente a lo interior, lo propio frente a lo ajeno, la afirmación frente a la negación. Dos cuestiones parecen sobrevolar *Immunitas* debido a su carácter inconcluso: la definición de vida y la confrontación con Foucault.

Bios es el intento de dar respuesta a estos interrogantes, construyéndoles un ciclo de nacimiento, desarrollo y ocaso, que luego será enlazado con una apertura teórica dirigida a plantear otra biopolítica, distinta de la que hasta ahora se ha propuesto. En primer lugar, se trata de situar la pregunta de qué es y qué ha sido tradicionalmente la biopolítica, antes de que Foucault irrumpiera en escena. Esposito relata que el término es usado por primera vez en diversos tratados alemanes e ingleses en las primeras décadas del siglo XX, en un sentido decididamente racista. En los sesenta es retomado en Francia a partir del estudio de las medidas políticas sobre todo aquello que afecta a la vida humana; su tono está

despojado de racismo y lleno de buenas intenciones humanísticas, casi en clave desarrollista. En los setenta, fundamentalmente en los Estados Unidos, la biopolítica comienza a designar el intento de establecer una teoría política basada en “las condiciones naturales del hombre”, una suerte de etología llevada a lo humano, una negación de hecho del contractualismo que buscaba en el orden político un remedio a la naturaleza supuestamente no social del hombre.

Este rastreo que hace Esposito es fundamental para comprender el marco de intervención de Foucault. Más allá de las necesidades internas de su teoría, Foucault entiende la “biopolítica” como el modo en que la modernidad occidental construye las relaciones entre cuerpo, vida y política, para denunciar justamente a la biopolítica en tanto conjunto de saberes que hacen creer en la existencia de algún tipo de naturaleza humana para justificar ejercicios de poder de toda laya. A esto Esposito lo denomina política “sobre” la vida, la política que moldea la vida. Pero para Esposito hay otra vertiente de la biopolítica, la política “de” la vida, que se despliega en el momento en que Foucault reconoce la capacidad de la modernidad para “producir” vida, ya sea mediante la cura enfermedades, la institución de los derechos de la salud o la admisión de las potencialidades de los cuerpos.

La distinción entre la política *de* la vida o *sobre* ella reedita un tópico clásico en la obra de Foucault: el de las múltiples caras del poder, ya sea como represión, como productividad o como resistencia. Esposito estima que Foucault no pudo definir si la biopolítica actúa principalmente del lado de la vida o de la muerte; si es efectivamente una “biopolítica” o una “tanatopolítica”. Es cierto que, en un período de apenas cinco años (1974-1979), Foucault se refirió con “biopolítica” a fenómenos tan disímiles como el nacimiento de la estadística, la obsesión por la sexualidad, la medicalización, el nazismo, el auge de la razón de Estado y las condiciones que hicieron posible la ciencia de la policía. Es cierto también que en su curso *Nacimiento de la biopolítica* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007), Foucault admite que ya no puede pronunciar más aquella palabra porque se le escapa su sentido, y se inclina más por la noción de gubernamentalidad. En definitiva, la productividad de la noción de biopolítica en el sentido de denuncia que quería darle Foucault necesita de un análisis a fondo y de una salida al aparente atolladero.

Estas consideraciones sostienen las genealogías en las que se embarca Esposito tras haber ajustado cuentas con Foucault. La ambivalencia entre la biopolítica “productiva” y la

tanatopolítica puede ser explicada por el paradigma de inmunización, el verdadero punto de flotación de la teoría de Esposito. En el análisis de *Immunitas* se postula que un conjunto de saberes y prácticas biomédicas, como los trasplantes de órganos, los estudios inmunológicos o los experimentos genéticos, abre la perspectiva de una política diferente respecto de la relación entre cuerpo y vida. Si para Foucault la biopolítica necesitaba pasar por el cuerpo como unidad ontológica para moldear la vida, ya no será así en la actualidad, porque estos saberes abren y descomponen el cuerpo. Qué pasa entonces con la vida, qué noción de vida queda cuando su unidad con el cuerpo es alterada, era lo que *Immunitas* dejaba flotando y lo que *Bios* debía resolver.

Pero entre ambos libros se produce un hiato considerable. En *Bios*, los ejemplos ya no provendrán, como en *Immunitas*, de tratados políticos y biomédicos que muestran qué se hace en la actualidad con la relación entre política, cuerpo y vida, sino de la obra de grandes autores, muchos de los cuales estaban presentes en *Communitas*: Platón, Sigmund Freud, Niklas Luhmann, así como Hobbes, Kant y Heidegger. Las nociones de soberanía, propiedad y libertad son puestas bajo este paradigma de lo inmune. La reflexión se prolonga en un extenso capítulo sobre Friedrich Nietzsche, presentado como el pensador que más agudamente entrevió el potencial tanto afirmativo como negativo de la inmunización. El libro prosigue con los dos senderos (de la biopolítica) que se bifurcan. El de la tanatopolítica fue transitado por el nazismo, y es diseccionado por Esposito a través de los temas de la regeneración, la degeneración, la eugenesia y el genocidio, heredados del siglo XIX y realizados plenamente bajo el Tercer Reich. Es inevitable señalar el parentesco de este pasaje del libro con *Homo sacer I. El poder soberano y la nuda vida* de Giorgio Agamben. Sólo al final de este sendero, casi como una mágica inversión dialéctica, se puede vislumbrar para Esposito el comienzo del otro, donde el problema crucial será la definición de una biopolítica que instituya una política, un cuerpo y una vida diferentes de los procesos denunciados por Foucault.

La biopolítica deberá entonces entablar un *tête à tête* con la filosofía contemporánea. Esposito se embarca una vez más en la reseña de autores: siempre Heidegger, Maurice Merleau-Ponty –ya incluido en *Communitas*–, y más adelante Baruch Spinoza y Gilbert Simondon, puestos en resonancia con Nietzsche, algo que no se distingue demasiado de la lectura que Gilles Deleuze hiciera de estos autores desde comienzos de los años sesenta.

Todos ellos, junto a Georges Canguilhem, uno de los maestros de Foucault, constituyen el reverso de la inmunización y el aire fresco que necesita la vida. Conservar la vida supone someterla a la trascendencia de la norma. Pensar la vida como algo que no tiene por qué conservarse (dado que aquellos que quisieron hacerlo sólo han matado) es un cambio en la definición de la vida en la que, por lo pronto, la norma es inmanente. Y aquí termina el libro.

Visto en perspectiva, Esposito captó la oscilación de Foucault, la puso en contexto, la incluyó en su teoría de la inmunización y entregó el resultado al tribunal de los filósofos. Ahora bien, Foucault había desmenuzado con la noción de biopolítica un gran conjunto de fenómenos, a partir de los cuales pretendía desfondar los efectos de verdad generados en torno al nexo entre política, cuerpo y vida. Foucault no pretendía hacer historia de las ideas con la biopolítica. Es más: en una conferencia de *La verdad y las formas jurídicas*, afirmó que para él Jeremy Bentham, como creador de la tecnología clave de las instituciones disciplinarias (el Panóptico), era más importante para estudiar la historia de la modernidad que Kant o Hegel. Y en su conferencia “¿Qué es la Ilustración?”, había estimado que la tarea de la filosofía era interrogar el presente. La filosofía no era ni más ni menos que uno de esos saberes que necesitaban ser desbancados para fundar otra filosofía. No por casualidad su obra deriva finalmente en la idea de la vida “como obra de arte”, como tarea ética.

Aquí no se trata de ser fiel o infiel a Foucault, sino de extraer la procedencia de una pregunta, en este caso la de la biopolítica. En *Immunitas*, Esposito había presentado una noción, la de inmunidad, que permitía fundir el paisaje de teoría política no contractualista de *Communitas* con las transformaciones contemporáneas en la relación entre cuerpo, política y vida. Pero, al margen de lo ya dicho acerca de la biología y la medicina, los cambios en la experiencia actual de la sexualidad, en la influencia de las estadísticas en la vida cotidiana, en la razón de Estado, en el reacomodamiento de los dispositivos racistas, es decir, en todos los terrenos de la biopolítica señalados por Foucault hace treinta años, no están consideradas en *Bios*. De este modo, todo lo que Foucault abrió con esta reflexión, todo lo que muchos autores contemporáneos (Agamben, Toni Negri, Judith Revel, Mauricio Lazzarato, Agnès Heller, etc.), más allá de sus diferentes perspectivas, han hecho por continuarla, todo lo que prometía la propia idea de inmunización, es sustituido por un

dispositivo de análisis filosófico que podría repetirse, como si fuera un esquema ideal, a muchos temas y otros tantos libros.

Esposito escribe en la introducción de *Bios* que la filosofía no tiene por qué proponer modelos de acción política ni blandir la biopolítica como bandera, en una clara alusión a las tesis de Negri sobre este punto. Y sobre el final del libro, en una nota al pie en referencia a las teorías de la multitud como las de Paolo Virno, rechaza una lectura “economicista”, “laboralista”, es decir, “impolítica” de la biopolítica. La biopolítica, para él, pertenece al ámbito de la filosofía, que como tal no tiene por qué pensar en el capitalismo. Por un lado está la economía, por el otro, la política, y más allá, la filosofía. La economía es diferente de la política, es “impolítica”. Y la política puede hacerse cargo de la reflexión sobre la biopolítica sólo cuando es fecundada por la filosofía. Para quien dijo en una entrevista que “toda filosofía es política”, no son éstas reflexiones demasiado atinadas.